

Marcha

25 de julio de 1969, p.18.

SOBRE LA CASTA DIVA
Juan Grompone

LA LUNA COMO DIOSA

La primera polémica que registra la historia en torno a la Luna es sobre su sexo. Alternativamente los pueblos primitivos la han considerado madre o padre de los hombres, esposa o esposo del Sol. Algunas veces castigada por inconstante y por ofensora, otras veces perseguida y violada. Esta antigua polémica continúa todavía, a pesar del consenso unánime de su femineidad, por los obstinados alemanes (der Mond, die Sonne).

La Luna ha sido considerada el símbolo de lo mudable. Tenemos así en "Romeo y Julieta": "No jures por la Luna, la inconstante Luna, que todos los meses cambia..." (Acto II, escena 2).

Posiblemente el culto a la Luna es más antiguo que el del Sol. Por sus movimientos complicados, sus fases, su repetición cada 28 días, se presenta como un astro animado, difícil de enredar en un estudio racional, con evidente semejanza a los períodos biológicos femeninos. Ya los babilonios, en la época de los sargónidas, conocían una cierta regularidad de los eclipses de Luna y como habían adaptado la astronomía a las necesidades prácticas dando origen a la astrología, la Luna desempeñaba un papel preponderante en la regulación de la conducta humana. Esta astrología se ha conservado hasta nuestros días en aspectos de nuestro lenguaje: las palabras lunático y tener la Luna, el día lunes, el calendario dividido en meses. Por otra parte, las tradiciones populares quieren vincular los cambios de la Luna con acontecimientos humanos: el lóbizón, las virtudes de los materiales o

los acontecimientos que ocurren en la luna llena, los accidentes atmosféricos vinculados a cómo se hizo la Luna.

Aun en la Biblia se la encuentra mencionada, aparte de la clásica del Génesis. En el Deuteronomio (XXXIII, 14) hay una velada alusión a la influencia de la Luna sobre la fertilidad de la Tierra; en Job (XXXI, 26 y 27) un vestigio del culto al Sol y la Luna; Jeremías la llama "la reina de los cielos" (VII, 18 y XLIV, 19).

Establecido definitivamente el carácter femenino de la Luna, los alquimistas la toman como símbolo de la plata, vinculadas por el brillo y el carácter del reflejo blanco de ambas. Pero esta hermosa tradición fue abandonada por los alquimistas modernos. No pudieron, sin embargo, resistir la tentación de llamar selenio a un elemento descubierto en 1817 por Berzelius, asociado no ya con el Sol (helio) sino con la Tierra (teluro).

Por último, la mojigatería moderna pretende vincular a la Luna con el "romanticismo" o con la "poesía". De esta asociación (para delinquir las más de las veces) nacieron los claros de luna que alcanzaron a la sonata "cuasi una fantasía" de Beethoven y le adjudicaron ese apodo desgraciado.

LA LUNA COMO FENÓMENO

Pero también sirvió como diosa inspiradora para los hombres de ciencia. Ya Aristóteles señalaba a la Luna como el límite del universo cambiante y la frontera de la quinta esencia. Alejandro en la India y Julio César en la Galia se maravillaron con los curiosos movimientos del mar: las mareas. Posidonio (¿-135, -51?)

habla de los movimientos del océano y los vincula a la Luna. Otro tanto supone Plinio. Y por una vez un fenómeno atribuido a la Luna adquiere certeza científica. Sin embargo, el estudio de las mareas se retrasa considerablemente porque el Mediterráneo no acusa movimientos importantes. Sólo el genio de Newton dará la explicación correcta de las mareas y su vinculación con la atracción gravitatoria.

La Luna en manos de Galilei se convierte en un instrumento de subversión. Con ayuda de su anteojo y su talento experimental destruye una por una las conclusiones de Aristóteles sobre el mundo por encima de la Luna. Su primera conclusión es osada: "...la superficie de la Luna no es lisa, uniforme ni exactamente esférica según opinaron la mayoría de los filósofos de ella y de los demás cuerpos celestes, sino que, por el contrario, es desigual, rugosa y llena de cavidades y protuberancias, así como la superficie de la Tierra, la cual se caracteriza en todas partes por la altura de sus montes y las depresiones de sus valles..." (El mensajero de los Astros, Eudeba). Galilei va más allá en sus investigaciones y concluye que las montañas de la Luna superan las 4 millas italianas, y lanza la atrevidísima hipótesis de que la claridad que se observa sobre la noche lunar proviene de la luz que la Tierra refleja. Además de todo esto, observa fases en Venus, manchas en el Sol y satélites en Júpiter. El mundo superlunar inmutable era objeto de continuadas modificaciones terrestres. Galilei acercaba los cielos a la Tierra.

Con la publicación del Mensajero, Galilei es sometido a su primer proceso, al decir de Brecht, por publicar sus observaciones astronómicas en el idioma de las pescaderas y los comerciantes de lana y no en latín. La Luna, diosa inmutable y virginal, se encontraba llena de cráteres, carecía

de luz propia, tenía montañas mayores que la Tierra. Dejaba de ser diosa esférica y luminosa para convertirse en un trozo de piedra. Y de este modo comenzó la carrera científica de la Luna.

Newton da el paso siguiente para convertir en una roca inerte a la casta diva. La célebre anécdota de la manzana se encuentra vinculada con la Luna (sin aceptar por esto la verdad de la anécdota). La observación que sugiere la caída de la manzana es que la fuerza que provoca la caída de los cuerpos es la misma que impide que la Luna se escape por los cielos y que obliga a girar a la Luna alrededor de la Tierra, La idea genial de Newton consiste en vincular dos fenómenos dispares y unificar así los planteos de Kepler sobre los planetas con la estructura del sistema solar.

En el libro tercero de los Principia se estudian los movimientos de la Luna. La proposición XXII establece que el movimiento de la Luna se debe a la gravitación universal, en la XXIV vincula la Luna y el Sol con las mareas. Posteriormente rehace con detalle los movimientos de la Luna y de su órbita.

Con la publicación de los Principia queda domesticada la Luna para la ciencia, a pesar de que conserva todavía su contenido afectivo inalterado.

El origen de la Luna, vinculado al problema general de los planetas, es un hueso más duro de roer. En el transcurso de los siglos se han presentado muchas teorías pero no se está todavía en condiciones de aceptar una versión unificada sobre el problema.

Pero la Luna presenta todavía dos misterios para analizar. La Luna presenta sólo una cara a la Tierra. Este fenómeno no se debe a una casualidad fenomenal, se debe a un mecanismo de "enganche" que ocurre en movimientos periódicos de duración similar. La Luna (igual que la Tierra y

los planetas) posee dos giros diferentes: uno alrededor de la Tierra y otro sobre sí misma. Para la Tierra, la duración de su giro es de un día y el de su órbita de 365 días. Si en cambio ambos movimientos difirieran en muy poco puede ocurrir el fenómeno de "enganche": las pequeñas irregularidades en las distribuciones de masas modificarían lentamente los movimientos hasta lograr una sincronización casi perfecta. Éste es el fenómeno que ha ocurrido con la Luna y que se presenta en otros fenómenos astronómicos. La Luna muestra su cara no como fruto de un azar sino como consecuencia de las leyes de la mecánica.

El otro fenómeno vinculado con la Luna, este sí sin explicación, es tan sorprendente que se evita mencionarlo. El Sol y la Luna se presentan con el mismo diámetro aparente. La coincidencia es tan perfecta que según las posiciones relativas aparece uno ligeramente superior al otro. Así ocurre que los eclipses de Sol nos muestran exactamente el borde de la estrella, sin que la Luna cubra totalmente al Sol ni deje una amplia corona a su alrededor. Y este fenómeno sorprendente es fruto del azar. La Luna y el Sol tienen tamaños dispares y se encuentran en distancias que no conservan ninguna relación teórica, pero la compensación que se produce de ambos efectos es perfecta. De no mediar esta circunstancia es posible que el destino de la pareja mitológica hubiera sido muy diferente.

Por último, como consecuencia de la energía que gasta la Luna en las mareas terrestres, su órbita se modifica y terminará precipitándose sobre la Tierra. Estos movimientos del mar convierten la energía mecánica de la Luna en calor sobre la Tierra provocará finalmente la destrucción de la diosa.

LOS HOMBRES SOBRE LA DIOSA

A mediados del siglo XIX el hombre comenzaba a considerar a la Luna como una piedra suspendida en los cielos. La diosa dejaba de imponerse a los hombres. Poe imagina su Hans Pfaall viajando en globo a la Luna, Verne lanza sus viajeros ea una bala de cañón y Wells, en este siglo, cuenta la historia de los primeros hombres en la Luna.

Pero tal vez el más sutil de los relatos es el de Poul Anderson, "La luz", donde sostiene que los viajeros encuentran una caverna que sirvió de fondo para el cuadro "La Virgen de las rocas" de Leonardo da Vinci.